

vivos en las solemnidades y procesiones de la Iglesia, eran una enseñanza permanente para los fieles, enseñanza por cuyo medio comprendían las verdades de la religión de una manera más íntima, profunda y real de lo que pudiera haberseles hecho comprender ninguna narración, ninguna palabra de enseñanza dogmática. Es evidente que entonces no había escuela popular en el sentido moderno de esta palabra, porque la vida social y las necesidades intelectuales eran diferentes: se daba, es verdad, mémos importancia que hoy á la lectura y la escritura, pero recuérdese que entonces no se había inventado la imprenta, y que la inmensa mayoría no tenía que leer, y dejará de echarse en cara como una falta á las escuelas antiguas el no haber enseñado á todo el mundo lo que ahora sabe el más pobre campesino. Si los mismos reyes y emperadores, *caballeros y milnucinger* no siempre sabían leer y escribir, ¿cómo había de saber el pueblo? ¿y qué habría leído si lo hubieran enseñado? Los libros eran objetos tan caros que figuraban entre las cosas raras; sólo los conventos y los eclesiásticos los tenían y los escribían, y aun despues de la invención de la imprenta el maestro de escuela Tomas Plater, que nació en 1499, decia en su autobiografía haber hallado en Breslau siete escuelas parroquiales de las cuales ninguna tenía libros impresos y que de los preceptores sólo uno poseía uno: un Terencio. No había entonces como ahora hay en Francia y Alemania una escuela en cada lugarejo, en cada aldea, porque la sencillez de la vida, la condición de los hombres del pueblo y las necesidades intelectuales del tiempo no la exigían; pero en cambio y á pesar de la falta de escuelas el conocimiento de la religión en ningún punto faltaba porque la Iglesia lo daba por medio de sus predicaciones, de sus formas, de sus ceremonias, de su organización interna y externa lo mismo que por medio de su enseñanza. La Iglesia era la escuela.

No negamos tampoco que las antiguas escuelas populares estaban lejos de poder compararse con las modernas: les faltaba la organización sistemática, burocrática, estadística de éstas, sus estados, sus registros, sus actas, su plan, su método, sus divisiones arregladas uniformemente por la autoridad superior, porque entonces las necesidades locales ó particulares y la autoridad directa de la Iglesia decidían estas cuestiones de régimen. Todo ha seguido el movimiento de los tiempos: la enseñanza lo mismo que las instituciones políticas y la vida pública en general; pero el mérito de las escuelas antiguas está en haber seguido fielmente el movimiento social sin tratar de anticipársele.

La escuela moderna considerada como institución política, costeada por el Estado y por él regida, vigilada, dirigida hasta en sus mas minuciosos pormenores si es fruto de los tiempos modernos y ante todo de la Reforma.

Hoy se glorifica á los corifeos de ésta por haber provocado é introducido en muchos países el establecimiento de escuelas populares, pero se olvidan la ignorancia, la inmoralidad, la perturbación de todos géneros que fueron consecuencia inmediata de la tan alabada reforma. Se olvida que las conciencias fueron tur-

badas y extraviadas, las costumbres, usos é instituciones que habían consagrado los siglos disputados y abolidos; todo lo que hasta entonces se había creído útil y respetable despreciado, ridiculizado, estigmatizado como malo y supersticioso, y en fin, que para convertir la incertidumbre general en incredulidad positiva y deplorable frivolidad no se necesitó otra cosa que las discusiones teológicas y amargas disputas de los reformadores. Estas querellas penetraron hasta los últimos rincones de las mas ínfimas escuelas, dividieron á los maestros y los separaron de sus superiores, de donde resultó que la enseñanza religiosa en vez de elevar los corazones é inspirarles entusiasmo por el bien, dió en agriar los espíritus desde la infancia, en llenarlos de hiel y de sospechas y al fin degeneró en miserables disputas de palabras y en mezquinas y odiosas controversias. Jungius, institutor de Hamburgo, por ejemplo, fué acusado de ateísmo por haber seguido con su escuela luterana el convoy fúnebre de una reformada. Podrían llenarse volúmenes con los textos sacados de los obras de los corifeos de la Reforma en los cuales se ve cuán pronto se vieron obligados á reconocer que sus nuevas doctrinas no habían hecho mejores á los hombres mientras que la fe antigua, tan despreciada, tan escarnecida, había dado excelentes frutos.* Melanchthon dice: "Si me preguntan por qué se hacen los gobiernos más pesados cada día, diré que la causa principal de esto es la corrupción de las costumbres: á medida que el lujo aumenta y que aumentan la impudencia y el desenfreno, es necesario también que Dios permita á los gobiernos hacerse más duros." Y Lutero agrega: "Sostengo que los que se llaman evangélicos son peores de lo que eran antes del tal Evangelio. La experiencia de cada día me lo enseña: los nuestros se abotrecen y se envidian, atesoran, amontonan, arañan, merodean en su sordida avaricia mucho mejor bajo el régimen del Evangelio que cuando eran papistas. Mientras más predicamos el Evangelio peores se ponen las cosas."**

Las escuelas que existían al tiempo de la reforma decayeron en los primeros cincuenta años y en muchos lugares hasta se cerraron por consecuencia de las disputas encarnizadas de los teólogos. Justo Menius se quejaba de esto en su libro de *la Familia Cristiana*. "Ya no educan, decia, á los niños sino para hacerles tomar un estado lucrativo: cada cual se imagina que puede dirigir á sus hijos como le plazca, como si ya no hubiera Dios ó no hubiera más Dios que el padre y éste fuera en el mundo el único maestro de sus hijos." En la crónica de Enoch Widemann se lee esto otro: "Por los años de 1525 y siguientes comenzaron las escuelas á decaer: ya casi nadie queria enviar á ellas á sus hijos ni dejarlos estudiar, porque las buenas gentes habían comprendido, por el tenor de las obras de Lutero, que la clerigalla y los sabios habían engañado lamentablemente al pueblo y que lo mejor que se podía hacer era odiarlos, ultrajarlos y echarlos de todas partes." Los predicadores de Esslingen se quejaban amargamente, en 1547, de que los

* Conf. de Dellinger, la Reforma.
** Walch. XIII, 2193, 2195. Sermonario, XII, 2120.

padres no cuidaban ya de que sus hijos frecuentasen la escuela ni pensaban en enseñarles otra cosa que á hacerse ricos, de donde resultaba que en vez de predicadores y maestros hábiles había habladores ignorantes y en lugar de sabios jurisconsultos y abogados hábiles en los negocios temporales sólo podían encontrarse procuradores semiletrados. †

Cuando, pues, en aquellas tristes circunstancias, Lutero y los reformadores dirigían su atención á las escuelas y recomendaban encarecidamente su conservación ó establecimiento, obedecían sólo al sentimiento de propia conservación. Conocían bien que al predicar su doctrina á los adultos les habían quitado toda fe, toda piedad, y que nada podían esperar sino de las nuevas generaciones.

Al propio tiempo iban conociendo, por una triste experiencia, que el estado eclesiástico había caído en completo descrédito entre el pueblo y que había llegado el momento de que fuese considerado como de todo punto inútil. Melanchthon escribía al predicador Kind de Eisfeld: "Bien sabes cuánto nos odia el populacho," y Lutero reconocía ‡ "que un pobre cura del campo era el más despreciado de los hombres; que no había campesino que no le considerase como lodo bueno sólo para pisar, cosa que desgraciadamente era verdad respecto de muchos de ellos. Parece, agrega, que el mundo está decidido á dejar morir de hambre á los ministros del Evangelio; tan grande es la malicia de los campesinos, de la clase média y de los nobles."*

¿Y quién había de pensar entonces en fundar escuelas? La caridad cristiana y el amor al sacrificio disminuían por dondequiera. "En la Iglesia católica, dice Veit Deitrich de Nuremberg, se daba sin tasa, entre nosotros nadie quiere abrir la bolsa para dar una moneda á las iglesias pobres, ni á las escuelas arruinadas ni á los monasterios. No hemos de temer que, si los ricos no vienen en ayuda nuestra educando á sus expensas niños pobres é inteligentes, la posteridad no llegue á conocer la palabra de Dios?" Por otra parte los predicadores con mujer é hijos estaban demasiado ocupados en buscarse la subsistencia, como nos lo enseñan las quejas de Deitrich y las confesiones de Lutero, para que pudiesen ocuparse activamente en las escuelas y hacer gastos en ellas.

Lo que podía todavía llamarse iglesia en los países devastados por la Reforma no tenía tampoco recurso alguno para fomentarlas, porque de todos los artículos de la nueva doctrina ninguno había sido comprendido con más rapidez ni más concienzudamente realizado por los príncipes que el que los autorizaba para apoderarse de las rentas y bienes eclesiásticos. La Iglesia era por lo tanto pobre; nada tenía para sí ni ménos por consiguiente para las escuelas, y cuando los reformadores clamaban porque se conservasen las escuelas existentes y se creasen otras, sólo la autoridad temporal podía responder á sus instancias. Esa autoridad

† Historia de los sacerdotes de la ciudad imperial de Esslingen.
‡ Walch V § 77.
* Walch-967.

Voz Valmiro, y aliento y alma enfrena:
Herminia misma á respirar no alcanza....
Y ya bajo el balcon el canto suena....
Y oyes que se acerca...y más avanza....
Y al fin subió! y entónces, el alma llena
De delirio, de amor y de esperanza,
Valmiro, á recibirla el pecho abierto,
Corrió al balcon, dió un grito...y cayó muerto.

LA FORNARINA

I.

Tres siglos han pasado,
Y otro mediando va, desde ese día,—
Abril, ruborizado,
Que ya las violas fenecer veía
Con que festivo engalanó su frente.

Aquel mirar divino, enamorado
De cuanto fué gentil, de cuanto bello;
Ni pretendiera descifrar, iluso,
La gloria que en su lumbre el cielo puso?
Su actitud revelaba la impaciencia
Que da el placer que tarda; y entre tanto,
Echaba á divagar su pensamiento
Sin rumbo ni conciencia:
Ya miraba un momento
La corriente del Tiber,
Que del puente de Corle acariciaba
Las hendidas paredes;
Ya de los pescadores
Las barquillas, las redes;
Ora al cielo miraba, en lejanía,
Do, preséaga de lluvia,
Oscura oblicua faja
Visitar parecía

Y místico delirio
Hundiase su sér, cual si á la misma
Santa Cecilia oyese
El cántico entonar de su martirio.

Mas, súbito su mente
Parece recoger el alto vuelo,
Como abate sus alas la paloma;
Y el alma, concentrada en sus pupilas,
Por los radiosos ojos se le asoma.

Bellísima doncella,
Más que el junco flexible el grácil talle,
Donairosa ademas, como Citeres
Encanto de las olas cuando niña,
Creyéndose al abrigo
De indiscreto tessigo,
Al trayes de la plácida campiña

representada ya por los ayuntamientos, ya por los Gobiernos, se puso en efecto a fundar escuelas, bien que con repugnancia y casi siempre con parsimonia, y sólo porque comprendió el peligro que había para ella en negarse a destinar á un objeto moral algunos aunque pocos, de los bienes que había quitado á la Iglesia. Una vez que á ello se determinó, las escuelas quedaron naturalmente en manos de los que las conservaban ó las creaban, y así como el gobierno espiritual pasó pronto á los príncipes, así también, y con mayor razón, quedó enteramente sometido á su autoridad el de las escuelas. Fué así como la Reforma las emancipó.

En aquellas circunstancias, faltaban en todas partes los predicadores, ¿cómo había de haberlos para las escuelas? Sarcero dice: "Por todas partes se oye decir á las gentes que se harían justas y santas si viesan un sacerdote ú oyesen un sermón." Y esto era natural porque nadie quería consagrarse á una vocación odiosa y despreciada. (Continuará).

RELACION INTERESANTE.

Señor Director de *El Tradicionista*.

Tengo la honra de dirigirme hoy á V. con el fin de suplicarle se sirva insertar en las columnas de su periódico la siguiente relación: todo para la mayor gloria de Dios y de su Inmaculada Madre.

El día 2 de diciembre del año de 1871, sábado por la mañana, me ocupaba yo en pintar, sobre una pared de la sala principal de la casa cural de esta parroquia, un altarcito dedicado á la Inmaculada Concepcion de Maria; sin hacer uso de otro color que del celeste claro. Luego que concluí el indicado altarcito, con un nicho en la mitad, resolví dar á éste un barniz general de celeste, para colocar allí una imagen de la Purísima Concepcion, única persona de ese humildísimo altar, y obsequio pobrísimos, pero cordial y sincero, del mínimo de sus devotos, del más indigno de todos sus hijos.

Ocupado en dar de celeste á todo el fondo del nicho, observé que, hacia la mitad y á poca distancia de la parte superior, aparecía una veta ó faja blanca y casi luminosa, que á pesar de haberle pasado varias veces la brocha cargada de color, no desaparecía, hasta que últimamente pensé dejarla así y continuar mi tarea del barniz. Pero, ¿cuáles serían los trasportes de mi alegría, cuando poco después vi que aquella faja se había convertido en una cruz blanca, bien formada y como de tres pulgadas de longitud? Inmenso fué el consuelo que experimentó mi alma con tan divino favor. A este tiempo llegó á visitarme uno de los vecinos principales de este lugar, el señor Mateo Còbos, quien informado por mí de lo que acababa de suceder, se propuso examinar él mismo, la cruz milagrosa, y el resultado fué el quedar convencido de que su aparición se había verificado de un modo extraordinario y sobrenatural. Al día siguiente, el expresado señor y yo, notamos que como á distancia de una pulgada, línea recta encima de la cruz, aparecía una veta blanca figurando una paloma, y bien luego, esa misma figura se extendió hasta convertirse en un corazón de Jesús, blanco también, con la corona de espinas de color celeste y terciada de derecha á izquierda. De este acontecimiento feliz fueron testigos el indicado señor Còbos, y entre otros, el señor Valentín Núñez, quien desempeña entonces, en este pueblo, el destino de Alcalde. No es esto todo. Poco tiempo después dudaba un señor, residente en esta parroquia, llamado Donato Leal, que esas santas imágenes se hubiesen estampado allí de un modo milagroso, y se inclinaba á creer que yo tal vez sería el que las habría pintado. Para convencerlo de la verdad del suceso, aunque con algún temor, resolví berrar todo en su presencia con un espeso barniz de celeste claro, bien que siempre abrigando la esperanza de que Nuestro Señor obraría nuevamente el milagro de que apareciesen estampadas por segunda vez tan consoladoras señales. En efecto, así sucedió; porque después de haber cubierto todo el fondo del nicho de celeste, sin que hubiese quedado en él figura alguna, bien pronto volvieron á formarse, á vista nuestra, la santa cruz y el Sagrado Corazon de Jesús. Bien así como la luna cuando

ticias y calumnias en la vida, ya para fortalecer nuestra fe en medio del turbion que atravesamos ya en fin para nuestro mayor aprovechamiento espiritual. Las verdades que de tan plausible y gloriosa aparición naturalmente se desprenden, son éstas:

La santísima cruz formada por la mano de Dios, si así puedo expresarme, en el lugar antes indicado, nos recuerda el amor que todos los cristianos y con especialidad los sacerdotes, debemos tener á Jesucristo crucificado, á su santísima pasión y muerte y también á los padecimientos de nuestro estado; nos recuerda la necesidad que todos tenemos de orar para alcanzar del Señor las gracias que necesitamos para obtener nuestra salvación eterna; nos enseña que sin padecimientos, sin penas y tribulaciones, no hay salvación posible; porque según el Apóstol, los predestinados para el cielo deben conformarse con su ejemplo, que es Jesucristo crucificado; nos enseña, en fin que: "Todos los que quisieren vivir piadosamente en Cristo, como dice el santo Evangelio, sufrirán persecución." Y á la verdad, ¿qué santo ha habido sin persecución? Ninguno. ¿Quién más santo que Jesucristo? El mundo no obstante lo persiguió hasta hacerlo morir en una cruz.

Todos los que rehúsen llevar sobre sus hombros la santa cruz, no son, ni merecen llamarse cristianos, sino neo-paganos; y por desgracia este número es muy crecido hoy entre nosotros. Muchísimos son los cristianos que se avergüenzan de llevar sobre su corazón la cruz de Jesucristo; huyen sus humillaciones; quieren seguir á Jesucristo, no por la senda estrecha y sembrada de espinas que conduce al Calvario, sino por el camino espacioso y regado de flores que lleva al abismo. Con su vida relajada, con su hambre insaciable de goces materiales, con su ateísmo práctico, con su criminal indiferencia religiosa, dicen á grandes voces, lo que en otro tiempo dijeron los péridos judíos: "No queremos que Jesucristo reine sobre nosotros." Su odio al catolicismo es tal y tan grande que, de sus vestidos, de sus muebles de sus casas, procuran alejar hasta la más pequeña señal de cristianos; y por eso no es de extrañar que, en sus lujosísimas habitaciones, no se encuentre ni una cruz, ni una imagen de Maria Santísima... nada, nada que les recuerde, ó tenga algun punto de contacto con la santísima religion que nos legaron nuestros padres como nuestra más preciosa herencia. ¡Oh, qué apostasía tan triste y abominable!

Pero ¡ay! que esos felices del mundo, en la hora tremenda de la muerte, lloran y tiemblan como un niño, y su corazón encallecido en los placeres, no es más que un infierno compendiado; porque sin Jesús crucificado nada hay que pueda consolarlos. No hay mayor desgracia para una alma, que no tener fe. Por eso los discípulos de Voltaire, los ateos prácticos, los masones, los racionalistas, los voluptuosos protestantes... en esos momentos de amarga desolación y desamparo, lanzan á su alrededor miradas torras y sombrías, y desde la cama regalada en que yacen dejan la escena del mundo, para hundirse en el abismo eterno de la desesperación y el espanto.

Muy de otro modo terminarán la carrera de la vida los verdaderos discípulos de Jesús crucificado. Como durante su mansión sobre la tierra hicieron consistir su felicidad en padecer por Jesucristo; como amaron las humillaciones de la cruz y gustaron continuamente los santos y deliciosos tormentos de un amor crucificado; por eso al ver acercarse la hora de la partida para la eternidad feliz, descansan tranquilos sobre su humilde lecho, con la imagen de Jesús crucificado sobre su corazón, y con sus ojos rutilantes y serenos fijos en el cielo. Duermen alegres el sueño de la paz y sus postreros suspiros son alimentados por la gracia y la caridad, hasta que por último, embriagados de amor divino, reempen las ataduras de la carne y vuelan gozosos al seno de su Dios. La santa cruz, finalmente, significa y es el emblema más propio de la importancia y eficacia del apostolado de la oración. No con la espada sino con la cruz, dice San Agustín, triunfó la santa Iglesia del furor del paganismo. La cruz es nuestra más preciosa herencia y el más hermoso adorno de nuestros hogares; y para decirlo de una vez, el único camino para llegar al cielo. *Oh cruz, que spes unica*, canta la santa Iglesia.

El Sagrado Corazon de Jesús nos enseña; que él es el Sol divino que ilumina nuestras almas, y el

En cuanto á haberse obrado esta portentosa aparición de la Santa Cruz y el Corazon de Jesús en el altarcito que he mencionado y dentro de la novena de la purísima Concepcion, creo que el Señor ha querido manifestarnos, una vez más, que Maria Santísima es la tesorera y la dispensadora de todas sus riquezas, y que sus portentos son el acueducto indefectible por donde comunican á los hombres los mas abundantes raudales de las gracias. Así, debemos pedir á Maria inmaculada, se digne conservar la preciosa existencia de nuestra Santísimo Padre el Papa Pío IX; el triunfo completo de la Santa Iglesia contra todos sus enemigos, la conversión de herejes y pecadores al gremio de nuestra Madre, y por último, el remedio de todas nuestras necesidades espirituales y temporales. Si nosotros hacemos, nuestros serán, sin duda, los laureles del triunfo; porque un ruego de Maria es suficiente para trastornar todos los decretos de la divinidad; para mirar de su divino Corazon inclinado á Jesucristo en favor de los pecadores. Ella es la que y desarma al Omnipotente á su modo; y en esta manera Ella le domina. Pidamos, pues, á los católicos á Maria inmaculada se digne descender á la tierra con sus legiones de ángeles para que con su poder, lancen los demonios al abismo, y obtenga á nuestra santa Madre Iglesia católica, apostólica, romana, días de paz y de bonanza.

JOSÉ VICENTE OLIVERA,

Cura propio de la Cabrera.

Enero 22 de 1873.

Segunda edición.

INTERIOR.

CONGRESO.

SENADO DE PLENIPOTENCIARIOS.

Febrero 7. Fueron aprobados los nombramientos que hizo el Poder Ejecutivo en los señores Florentino Vezga y Rafael de Pórras para desempeñar por breves días dos de las Secretarías de Estado durante una licencia que concedió los propietarios. Aprobaciones de esta especie exige la Constitución de Rionegro como garantía de libertad.

El Senado á propuesta del ciudadano Arboleda, autorizó á la comision de la mesa para emitir á uno ó más taquígrafos, al servicio de las empresas particulares, situarse dentro del salón en lugar conveniente para desempeñar su encargo.

Se convino con la Cámara en reunirse en el Congreso para elegir Designados y suplentes de magistrados de la Corte Suprema federal, prestando para ello el día 15 del corriente.

A moción del ciudadano Franco, se aprobó una proposición en que el Senado ruega al Poder Ejecutivo que conteste por el telégrafo un telegrama en que la Municipalidad de Cali saludó al Congreso en el día de su instalación.

Los Senadores del Cauca propusieron un proyecto que autoriza al Poder Ejecutivo para que haga desmontar el camino de Quindío en beneficio de la línea telegráfica. Pero es bueno advertir, para evitar juicios errados, que este proyecto no es censura ni sátira contra el Gobierno del Cauca, por haber dejado en abandono esa línea, como todas las más importantes del Estado.

Pasó en primer debate el proyecto del ciudadano Franco que se intitula: "dando garantía á los empleados federales." Por él se declara neutral en las contiendas civiles de Cundinamarca la ciudad de Bogotá y se sustrae á la jurisdicción de las autoridades del Estado, á los empleados nacionales. Como se ve, es en el fondo un ataque á la llamada soberanía de las entidades confederadas.

Dióse cuenta, con informe de la comision, de un contrato celebrado por uno de nuestros señores con la familia de Borbon sobre descubrimiento de un tesoro oculto en el territorio de Colombia, y de un proyecto en que se autoriza al Poder Ejecutivo para tratar el particular con la expresada familia. Al respecto se decidió que tal contrato vuelva al Poder Ejecutivo para que lo apruebe ó inapruebe antes de someterlo al Congreso. Resuelto así, que no hagamos el entierro en el presente año, no habiendo más que tratar, se levantó la sesión.

En la anterior revista del Senado de